



A veces por un excesivo respeto por a la cultura, la biblioteca se convierte en un lugar que entendemos a sacralizar. El silencio y la compostura terminan resultando incómoda y rígida en el buen uso del acceso al conocimiento y sobre todo a su disfrute.

En la biblioteca de La Haya cualquiera puede entrar, leer libros, algunos en diferentes idiomas, acceder a ellos porque están al alcance de la mano, sentarse en una silla frente a una mesa pequeña y privada si deseamos intimidad, o en otra grande, si queremos disponer de suficiente espacio para esparcir nuestros papeles, o situarnos en la parte acristalada para a la vez disfrutar de las vistas, o con otros compañeros lectores si deseamos de la compañía de su presencia, o situarnos en un lugar apartado para estudiar en silencio.

Podemos ir con nuestros amigos, o encontrarnos con ellos allí, conocer a otras personas, sentarnos en buenas butacas para leer, o en sillones para charlar, comprar algo de comer o tomar un café, traerlo de casa si nos resulta más económico y sabroso, llevar el computador o utilizar los que allí tienen instalados en diferentes zonas para consultar internet o realizar nuestras tareas de trabajo o escuchar música eligiendo el CD en la propia biblioteca. Podemos también ver películas en nuestra pantalla del ordenador, o cómodamente sentados en compañía de otras personas o amigos para poder comentarlas.

Se lee la prensa del día, yo aprovecho para leer El País, el Financial Times, el Daily Telegraph o cualquier otra revista. Hay diferentes zonas, donde podemos combinar diferentes modos de acercarnos al conocimiento sin esperar que todo sea un silencio absolutamente ensordecedor. Hay divanes, sofás, butacones, lamparillas, lámparas flexibles, luz natural y zonas de penumbra. La gente estudia, lee, usa internet, charla, ojea la prensa, escucha música, usa la red y juega a las damas, al ajedrez o revisa sus trabajos.

A veces, de repente, aparecen músicos; se sientan e interpretan una melodía, un proyecto musical o tú, si sabes, puedes tocar el piano de cola que tienen instalado permanentemente. Nada es sacrosanto, todo es accesible y hay lugar para pasar el día y a veces la noche como alternativa a otras actividades. Es un lugar, donde el ocio resulta productivo, aprendes, te relacionas con gente, accedes al conocimiento y disfrutas del espacio. Cuando hacemos esto, es igual que cuando en nuestras casas preparamos las condiciones necesarias para pasar una tarde en casa trabajando, leyendo, haciendo una pausa para contemplar el paisaje, poner más tarde un poco de música, preparar un café con unas galletas hechas con una receta que nos bajamos de internet, charlar un poquito, continuar trabajando y finalmente quizá ver una película.

Es sin duda productivo, enriquecedor, una alternativa a lo pasivo, a lo destructivo y nos hace crecer con nuestro propio trabajo. Me gustaría ver esto en mi país y deseo que salir adelante sea algo más que ganar mucho dinero, ganar en calidad de vida, en satisfacciones personales y en mejorar las relaciones humanas. Esto es para mí una de las salidas para estos momentos de crisis económica y, dicen, de valores también. El esfuerzo gratificante, el trabajo divertido, saludable y apetecible. No el sacrificio de "la letra con sangre entra".

José